

COLECCIÓN MARUJITA

EL ENANO ZARZAMORA



CUENTOS COMPLETOS

EDITOR
MOL

EL ENANO ZARZAMORA



10
CTVS

COLECCION MARUJITA N° 6

EL ENANO

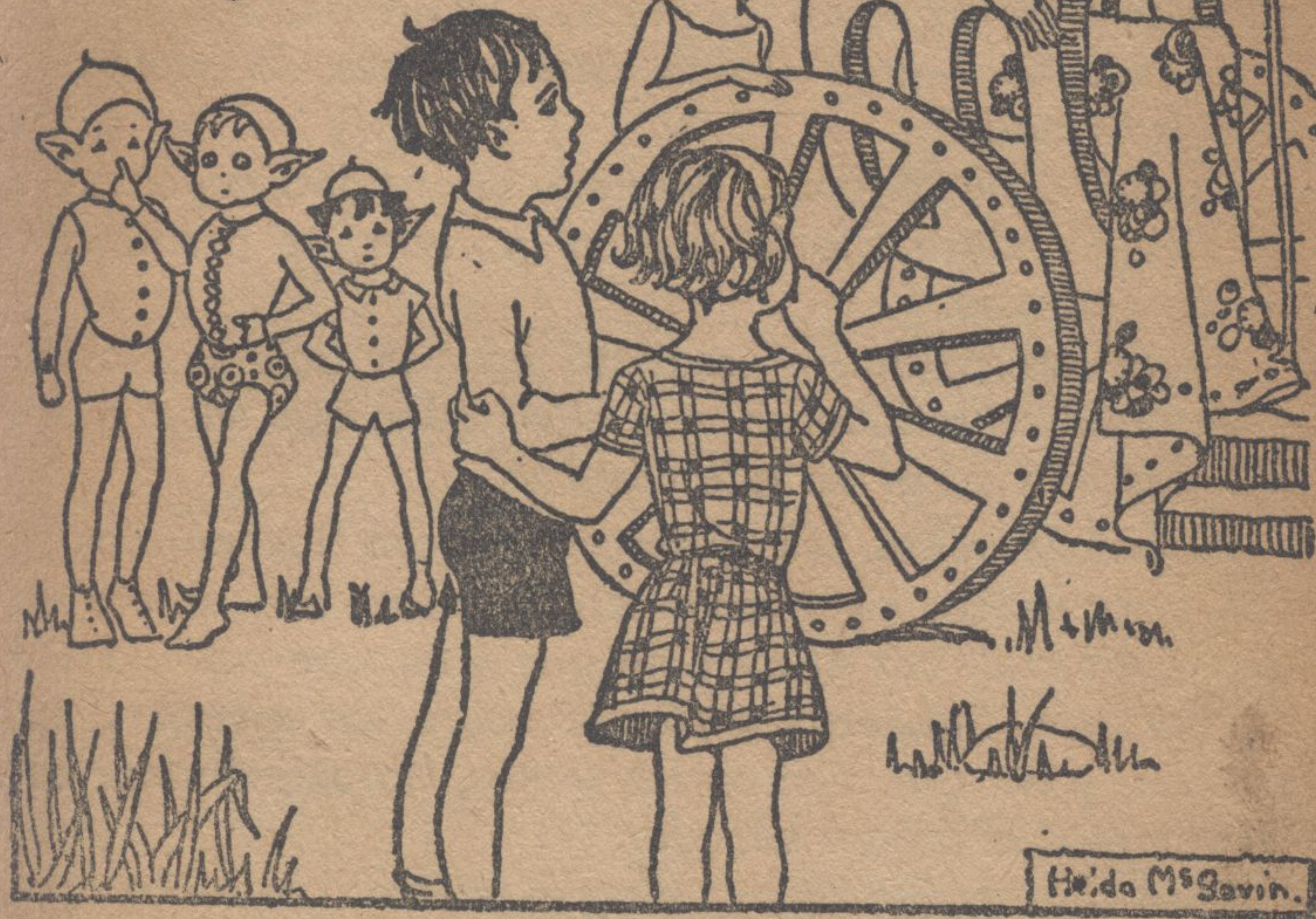
ZARZAMORA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos
de traducción al español y a la presente traducción
Copyright, 1939, by EDITORIAL MOLINO*

*Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO,
Gorostiaga 1650 - Buenos Aires - (Argentina)
PRINTED IN ARGENTINA*

El Enano Zarzamora



Damián y Rosita salieron en busca de zarzamoras. Cada uno de ellos llevaba un cesto, pero fueron pocas las bayas que pudieron meter en ellos.

—O bien son verdes o están aplastadas—dijo Rosita.—A este paso no podremos llenar los cestos.

—Mejor sería internarnos algo más en el bosque—observó Damián.—Sin duda aquí han cogido las mejores.

Tomaron, pues, un pequeño sendero que conducía al corazón del bosque. Figuráronse los niños que era una senda para personas, pero no era así, sino un verdadero caminito propio de conejos, muy estrecho y tortuoso. Llevó a los dos niños a un lugar sombreado del bosque, donde el sol apenas conseguía, en alguno que otro punto, atravesar el follaje, formando manchitas circulares de luz sobre las matas y la hierba.

—Escucha —dijo Rosita deteniéndose de pronto.—
¿No oyes nada?

Damián prestó oído. Percibió un ruidito parecido a un débil y claro silbido que, al parecer, se producía a corta distancia.

—¿Es un pájaro?—preguntó en voz baja a Rosita.
—Aunque en realidad nunca oí ninguno que silbara así. Me gustaría saber de qué clase es.

A ambos niños les gustaban mucho los pájaros y, por esta razón, avanzaron en silencio, con objeto de averiguar cuál era el avecilla que entonaba aquella linda canción. Siguieron andando sobre las manos y las rodillas, y así atravesaron las matas, aproximándose cada vez más al pájaro silbador.

Pero resultó que no era ningún pájaro. Los niños apenas se atrevían a creer en lo que estaban viendo. Era el hombrecillo más cómico y bonito que vieran en su vida. Tenía una cara de color pardo, de ojos brillantes, como los de un pájaro, y a cada uno de los lados de su cabeza surgían unas orejitas puntiagudas. Vestía una chaquetilla amarilla, unos calzones cortos azules y unas medias muy largas y verdes. En su sombrero llevaba prendida una pluma azul. Y ni siquiera tenía la estatura de Rosita.

—¿Quién es? ¿Un gnomo?—murmuró Rosita.

—Creo que, simplemente, es un enano—contestó Da-



EL ENANO SE LIMPIÓ EL SUDOR DE LA FRENTE

mián.—¡Pst! Procuraremos que no nos vea y así podremos ver lo que hace.

El hombrecillo trabajaba con toda su alma; sin dejar de silbar su linda melodía. En el suelo y a su lado, tenía un gran montón de cestos y se ocupaba en coger moras de las zarzas para llenar aquellos recipientes, cosa que hacía con la mayor rapidez.

Damián y Rosita nunca habían visto coger moras con tanta celeridad. Apenas les era posible seguir los movimientos de las manos de aquel hombrecillo. Llenaba un cesto tras otro y luego, cuando ya no quedó ninguno vacío, el enano hizo una pausa y, con un enorme pañuelo amarillo, se limpió el sudor de la frente.

—Ya está—dijo.—Ahora voy a beber, porque tengo una sed espantosa.

Los niños vieron que se dirigía a un roble cercano. De su cinturón tomó una llavecita, la metió en un agujero y un instante después se abrió en la corteza del árbol una puertecilla de forma oblonga.

Rosita y Damián se quedaron muy asombrados. ¡Qué aventura aquélla! El enano desapareció en el árbol y los niños oyeron el ruido de un líquido vertido desde un jarro.

Entonces ocurrió algo más raro. La mata que había frente a los niños se entreabrió y se asomaron dos o tres rostros traviesos, para mirar.

—Adelante—dijo uno de ellos a los demás.—Está en el árbol. Por el momento no hay peligro.

Salieron de la mata cosa de una veintena de hombrucillos semejantes a duendes, pero provistos de alitas en los tobillos. Sus pies producían al correr un ruidito especial, semejante al de las gotas de lluvia que caen al suelo.

Antes de que los niños pudiesen pronunciar una palabra, aquellos seres traviesos y malvados se apoderaron cada uno de ellos de un cesto lleno de zarzamoras y echaron a correr. Damián y Rosita se miraron muy asombrados.

—¡Qué malos! —exclamó el niño.—¿Qué dirá ese enano cuando vea que han desaparecido sus moras?

—Valdría más que se lo dijésemos en cuanto salga —aconsejó Rosita.

—¡Chitón! Ahí viene—dijo Damián.

El enano salió del interior del árbol y luego cerró la puerta con llave. Hecho esto, se dirigió silbando al lugar en que dejara sus cestos de fruta, y al ver que allí no había ninguno, se quedó anonadado y dejó de silbar.



LOS ARRASTRARON HACIA UN GRAN ROBLE

—¡Cómo!—exclamó con voz insegura.—¿Dónde han ido a parar mis moras? ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí!

Tenía un aspecto tan cómico, que Rosita y Damián, a pesar de que lamentaban mucho el robo de que había sido víctima, no pudieron contener la risa. El, entonces, los oyó y, figurándose que eran ladrones, acudió corriendo y dió casi la vuelta entera al orbusto tras el cual estaban sentados los niños.

—¡Vosotros sois los ladrones!—exclamó.—¡Oh, niños malos! Me habéis robado las zarzamoras y ahora os estáis burlando de mí.

Damián y Rosita dejaron de reirse.

—No le hemos quitado a usted sus moras—empezó diciendo Damián.

Pero el hombrecillo no hizo ningún caso de sus palabras, porque estaba furioso. De pronto dió unas fuertes palmadas.

A través de los árboles acudieron corriendo media docena de hombrecillos semejantes al primero. Se acercaron a él y le preguntaron qué le ocurría.

—Estos malvados niños me han robado todas las moras que yo había criado para la Reina de las Hadas, y que acababa de recoger. Apoderaos de ellos y encerradlos cuanto antes.

Los enanos se apoderaron de Rosita y de Damián, a pesar de que se resistían cuanto podían; pero sus esfuerzos fueron vanos contra los decididos hombrecillos.

—Dejadnos en paz —gritó Damián.—Os aseguro que nosotros no hemos robado las moras. Fueron...

—No os resistáis—exclamó con acento feroz el enano de las zarzamoras.—¿Por qué razón, si no, os habíais escondido? No hay duda de que sois los ladrones.

—¡No es verdad! —exclamó Rosita ya llorosa.—Fueron los...

Pero resultó inútil. Los enanos no quisieron escuchar una sola palabra. Arrastraron a los dos niños hacia un gran roble que había a corta distancia y abrieron una puerta en uno de sus lados. Los metieron dentro, cerraron luego la puerta con llave, pusieron a uno de ellos de guardia y se alejaron.

Dentro del árbol estaba todo muy oscuro, pero, poquito a poco, los niños pudieron notar que se hallaban en una especie de habitaciones, en uno de cuyos extremos había una camita y una mesa en el otro. También vieron dos sillas, demasiado pequeñas para ellos, de modo que hubieron de sentarse en el suelo.

—Es vergonzoso—exclamó Damián, tratando de reanimar el valor de Rosita.—Ese hombrecillo es un tonto.

¿Por qué no quiso escuchar lo que íbamos a decirle?

Rosita no quería dejarse consolar. Se echó a llorar a gritos. De pronto, una vocecita llena de alarma resonó a cierta altura.

—¿Quién llora?

Damián levantó los ojos. A bastante altura, pudo ver una mancha de luz diurna, aunque aquel agujero era inaccesible.

—¿Quién eres?—preguntó.

—Soy Patilluda, la ardilla—contestó la voz.

—¡Cómo! ¿La ardilla Patilluda, que vive en nuestro jardín?—preguntó Damián muy alegre.

—La misma—contestó la voz con acento de sorpresa.

—Sin duda vosotros sois Damián y Rosita. ¿Cómo habéis venido a parar aquí?

Damián le refirió rápidamente la historia, que la ardilla escuchó con la mayor atención.

—Realmente, esto es vergonzoso—dijo Patilluda.—Me voy en el acto a ver a la Reina de las Hadas, para repetirle vuestro relato.

Desapareció y durante largo rato reinó allí el mayor silencio. Luego se oyó el ruido de voces en el exterior del árbol; por fin, una llave penetró en la cerradura de la puerta y ésta se abrió de par en par.

—Salid—exclamó la voz gruñona del enano de guardia.

Damián y Rosita se apresuraron a salir, parpadeando, deslumbrados, al recibir de nuevo en sus ojos la luz del día. Fuera vieron una carroza de nácar resplandeciente, arrastrada por dos grandes mariposas de cola de golondrina. En el vehículo estaba sentada la más linda personita que los niños pudieran haberse imaginado. La

reconocieron en el acto, porque con frecuencia tuvieron ocasión de ver sus retratos.

—¡La Reina de las Hadas!—murmuró Damián a Rosita.—Patilluda ha cumplido su palabra, puesto que fué a decirle lo que nos pasaba.

—¡Qué hermosa es!—observó Rosita.

—Esos son los niños de quienes hablé a Vuestra Majestad—dijo entonces la voz de la ardilla Patilluda.

Damián y Rosita observaron que se había posado en una rama sobre la cabeza de la Reina.

—Contadme vuestra historia—ordenó la Reina con voz afable.

Entonces, Damián se lo refirió todo. Mientras tanto, un grupo bastante numeroso de enanos y de gnomos habíase formado a su alrededor y, entre ellos, se hallaba el enano Zarzamora, que estaba bastante alarmado.

—¿Por qué no escuchaste el relato de esos niños antes de encerrarlos?—le preguntó la Reina de las Hadas.

—Lo siento mucho, Majestad—replicó el enano.—Pero, si no fueron esos niños, quiénes me quitaron las zarzamoras, ¿quién lo hizo? Eso es lo que quisiera saber.

—Yo puedo decírselo —contestó Damián.—No tienen igual aspecto que los geniecillos que he podido ver en los libros de cuentos, pero, al andar, sus pasos resuenan como si fuesen gotas de lluvia.

—¡Ah, son los Pies de Pato! ¡Los Pies de Pato! No pueden ser más que los Pies de Pato—gritaron algunos.

—¡Oh, qué malos son!

—Llevadme en seguida a la cueva de los Pies de Pato—ordenó la Reina.—Subid a la zaga de mi carroza. Y tú, enano Zarzamora, acompáñanos también.

Salieron todos a través del bosque, y la ardilla Pattilluda fué con ellos, saltando de uno a otro árbol, y precediendo a la carroza. En cosa de quince minutos llegaron a una cueva que se hallaba en lo más profundo del bosque y que, a guisa de puerta, tenía una gran piedra.

—¡Abrid! ¡abrid!—exclamó el enano Zarzamora.

Pero no le hicieron ningún caso. Y desde el interior de la cueva se oyó una voz que exclamaba:

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Enano Zarzamora. ¿Eres tú? Has llegado tarde. Ya nos hemos comido todas las moras.

—Abrid en nombre de la Reina—replicó enojado el enano Zarzamora.

En el acto se produjo un silencio intenso, a causa del temor. Luego giró sobre sí misma la piedra que hacía de puerta y, por último, salieron aquellos hombrecillos a quienes los niños vieran antes.

Atropellándose, fueron a hincarse de rodillas ante la carroza de la Reina y le pidieron perdón. Mas la Soberana estaba muy irritada y con vocecilla fría y severa les dijo.

—Es ya la cuarta vez, en esta semana, que os habéis portado muy mal. Os voy a mandar a la casa de la Araña Hilandera. Ella os enseñará a trabajar de firme y así no tendréis tiempo para hacer travesuras.

En aquel momento se presentó una gran araña que, con extraordinaria rapidez, tejió una tela en torno de los arrodillados culpables. Luego los llevó al interior del bosque, y cuando Damián y Rosita los vieron por última vez, iban gimiendo y llorando.

—Casi tengo intenciones de castigarte a ti también, enano Zarzamora—dijo la Reina.—No tenías derecho



EL ENANO ZARZAMORA CORRIÓ HACIA ELLOS

de encerrar a esos niños, sin antes haber escuchado su defensa.

—Os rogamos que le perdonéis, señora—suplicó Rosita.—No importa lo sucedido, puesto que todo ha sido reparado. Y no hay duda de que debió de disgustarle en extremo la pérdida de sus zarzamoras.

—Eres una buena niña —le contestó la Reina.—Y quiero hacer algo, a fin de compensaros el mal trato que os han dado hoy. ¿Queréis asistir esta noche a una fiesta que doy?

—¡Oh!—exclamó Rosita.

En cuanto a Damián, no pudo pronunciar una sola palabra. Era aquello demasiado agradable para que le pareciese cierto.

La Reina se echó a reír.

—Aceptad mi invitación —les dijo. — Patilluda os acompañará ahora a vuestra casa y luego irá a recogeros esta noche a las once en punto. ¡No os retraséis!

Luego, la reina les dió instrucciones para que se apeasen de la carroza, a fin de seguir a Patilluda. Los niños le dieron las gracias por su bondad y luego echaron a andar en seguimiento de la ardilla, quien estaba encantada de que sus dos amiguitos hubiesen sido invitados a la fiesta.

El enano Zarzamora echó a correr hacia ellos.

—Os ruego que me perdonéis—les dijo.

Y estaba tan triste, que Rosita le dió un abrazo.

—No te apures—le dijo.—Vale la pena el haber estado encerrados en aquel estrecho y viejo árbol, a cambio de haber recibido una invitación para asistir esta noche a la fiesta de la Reina de las Hadas.

Echaron a correr hacia su casa... y ya podéis imaginaros lo excitados que estarían durante el resto del día, esperando que diesen las once de la noche.



EL GIGANTE DESCONOCIDO

Una vez, cuando los habitantes de Tulia salían de sus casas para ir a sus quehaceres, sucedió una cosa muy curiosa. Un gigante salió del mar, andando, en dirección a la capital.

Todo el mundo se asustó en extremo. Los niños emprendieron la fuga, llorando, para ir al lado de sus madres, y en cuanto a los hombres, quedáronse inmóviles y paralizados por la sorpresa.

En cuanto al gigante, permanecía en la playa con la ropa chorreando. Parecía estar muy fatigado y algo indispuesto, de manera que cuando los tulianos llamaban a su ejército a fin de que se apoderase de aquel ser monstruoso, él se sentó en el suelo, sosteniéndose la cabeza entre ambas manos.

Luego, sin darse cuenta del asombro de los ciudadanos, el gigante se tendió sobre la seca arena y cerró los ojos. En un momento sus fuertes ronquidos resonaron como truenos desde la playa. El gigante se había dormido.

Rápidamente, los ciudadanos reunieron un consejo para decidir lo que convendría hacer, puesto que no había un momento que perder.

—Aprovechando el sueño del monstruo, démosle muerte—exclamó uno.

—No—contestó otro.—Quizás sea inofensivo.

—¿Inofensivo?—preguntó burlonamente un tercero.

—¿Quién oyó hablar nunca de un gigante inofensivo? Os aseguro que, si no le damos muerte, él destruirá nues-

tra ciudad en muy poco tiempo. Fijaos, nada más, en sus enormes pies. Con que los ponga en el centro de la ciudad, quedarán destrozadas numerosas casas con todos sus habitantes.

—¡Calma! ¡Calma!—dijo el más anciano.—No debemos dar muerte a un hombre que duerme, aunque sea un gigante. En vez de obrar de esta manera, atémoslo y así, cuando despierte, ya no podrá hacer el menor daño. Tiempo de sobra tendremos para matarlo cuando sepamos muy bien si es bueno o malvado.

—Sería una locura matarlo—dijo otro, que era muy sabio.—Pensad nada más en la serie de cosas que podrá contarnos del país de que procede. Y recordad también que no teníamos idea de que en nuestros tiempos todavía existiesen gigantes.

Decidióse, pues, que se mandaría un ejército hacia el lugar en que se hallaba el gigante dormido, a fin de que entre todos los hombres lo atasen firmemente al suelo, de manera que al despertar no pudiera moverse.

En breve, el ejército se encaminó a la playa. Los hombres avanzaban haciendo el menor ruido posible, a fin de no despertar el dormido monstruo. Sobre su cuerpo pasaron numerosas cuerdas muy sólidas, que ataban luego a unas estaquillas profundamente hincadas en la arena. Los martillos que se utilizaron para hincar las estaquillas estaban rodeados de trapos, a fin de que apenas hiciesen ruido. Y el gigante ni siquiera se meneó.

Permaneció toda la noche dormido en la playa. Rodeábalo el ejército y los soldados se preguntaban, inquietos, si tendría bastante fuerza para romper las cuerdas al despertar. Muchos individuos del Consejo fueron a visitarle mientras estaba dormido, y disputaban entre sí, pues algunos sostenían que debía dársele muerte y

otros, en cambio, replicaban que una de las prerrogativas del hombre es, precisamente, la de ser misericordioso incluso para con los monstruos como aquel gigante.

Al llegar la mañana, el gigante interrumpió sus sonoros ronquidos. Abrió los ojos, que parecían platos azules, tan grandes eran, y miró al cielo. Luego quiso sentarse.

Pero no pudo, porque estaba atado. Asombradísimo, trató de levantar primero un brazo y luego el otro. Luego levantó la cabeza, y a su alrededor vió a los tulianos. Y, sorprendido a más no poder, se quedó mirándolos.

—¿Quiénes sois? —les preguntó.—¿Qué me habéis hecho? ¿Por qué no puedo moverme?

—Somos tulianos—contestó el jefe del ejército—y te hemos atado, a fin de que no puedas menear ni pie ni mano. ¿De dónde vienes y quién eres?

—De la tierra de Ninguna Parte y me llamo Rosca—contestó el gigante. — Ponedme en libertad, porque soy inofensivo.

—¿De la tierra de Ninguna Parte?—exclamaron incrédulos los tulianos.—¿Dónde está eso y cómo has venido?

—Mi país se encuentra mucho más allá de los mares—contestó el gigante.—Salí a pescar en mi barca, cuando sobrevino una tempestad y me arrastró a la alta mar por espacio de muchos días y de muchas noches. Luego se hundió mi barca, pero vi, con el mayor gusto, que mis pies tocaban fondo y así avancé vadeando hasta llegar a tierra. Y estaba tan fatigado, que me caí dormido.

—La historia no está mal—contestaron algunos tulianos.—¿Te figuras que vamos a creerla?



INTERRUMPIÓ SUS RONQUIDOS, ABRIÓ LOS OJOS...

—Sí—contestó el gigante mirando a sus interlocutores con sus ojos grandes como platos.—No me propongo haceros ningún mal, porque soy un gigante apacible, deseoso de ayudar a todo el mundo y no de hacerles el menor daño. ¿No podríais darme algo que comer?

—¡Comida!—exclamó el jefe de las fuerzas.—¿Qué vamos a dar a un gigante como tú? Uno de nuestros panes más grandes sólo será una cortecilla para ti.

Pero el gigante estaba tan pálido, que el Consejo decidió, al fin, darle de comer. Encargaron a los carniceros los bueyes mayores y a los panaderos, los panes de mayor tamaño que pudiesen cocer, y de las abacerías sacaron grandes barriles de limonada, y todo se lo hicieron llevar al gigante.

Fuéles preciso construir una especie de plataforma al

lado de la cabeza de Rosca, porque de otra suerte no habrían alcanzado hasta su boca, a pesar de estar tendido. El gigante levantó la cabeza con expresión de hambre, y con placer percibió el olor de buena comida. Tragóse enormes trozos de carne cual si fuesen guisantes y, de un solo trago, vació un barril de limonada.

—Eso es muy bueno—dijo después de haberse comido dos bueyes, cincuenta panes enormes y bebido seis barriles de limonada.—Ahora ya me siento fuerte otra vez.

Hizo fuerza sobre las cuerdas que lo ataban y consiguió romperlas. En el acto, el jefe de las fuerzas dió una orden, y todos los soldados se dispusieron a disparar una flecha, si iban armados de arcos, o empuñaron las lanzas y las jabalinas. El gigante, mientras tanto, se sentó y se frotó los brazos.

—¡Echate!—le gritaron los tulianos.

Pero el gigante los miró sin hacerles caso y se dispuso a levantarse. En el mismo instante, los soldados dispararon sus flechas o sus jabalinas, y la mayor parte de aquellos proyectiles fueron a clavarse en el rostro o en las manos del gigante. A él le hicieron el efecto de ser agudas agujas, y dió un grito de dolor. Se arrancó algunas de las flechas y frunció el ceño, encolerizado.

Los soldados se dispusieron a disparar de nuevo, pero el gigante los contuvo con un gesto.

—No me hagáis daño—les dijo.—Soy inofensivo por completo. Os aseguro que no os haré el menor mal, siempre, a cambio, de que vosotros hagáis lo mismo conmigo. Dejadme, ahora, que me ponga en pie y estire las piernas.

No hubo más remedio que dejarle hacer. Púsose en pie, semejante a una alta torre y los soldados se asustaron tanto, que en poco estuvo que no echaron a co-



LEVANTÓ LA CABEZA Y OLFATEÓ LA COMIDA

rrer. El gigante los miró con expresión de bondad, les dirigió una sonrisa y les mostró dos hileras de blancos dientes.

—Dejadme vivir algún tiempo en vuestro país—les dijo.—Esta es una gran aventura para mí. Ignoro, incluso, si podré volver a mi tierra, porque por una parte no tengo ninguna embarcación y luego ignoro el rumbo que habría de tomar. Vuestras embarcaciones serían demasiado pequeñas para mí.

Al oír aquellas palabras, los tulianos empezaron a creer que quizás el gigante no era malo, porque no dió señales de que quisiera comérselos o matarlos. Tampoco

parecía descuidado o atolondrado, porque siempre miraba muy bien donde ponía los pies, a fin de no pisar a nadie o derribar algo.

—No podrás continuar con nosotros a causa de lo mucho que comes—le dijeron los tulianos.—Ya comprenderás que no nos sería posible mantenerte. Quédate, pues, por espacio de una semana y luego márchate.

Así, pues, el gigante pasó allí una semana, que dedicó a examinar la ciudad con el mayor interés. No tardaron los niños en perder el miedo que al principio les inspiró, porque el gigante no movía las pies cuando a su alrededor había niños o niñas, a fin de no lastimarlos sin querer.

El gigante comía y bebía en cantidades tremendas. A partir del segundo día, los tulianos le dijeron que debería beber agua pura, porque la limonada les resultaba demasiado cara. En cambio, era imposible suprimirle el pan o la carne, a pesar de que resultaban más caros que la limonada.

Antes de que terminase la semana, el gigante empezó a preocuparse acerca de lo que haría en cuanto hubiese transcurrido. No podía alejarse por mar, pues no disponía de ninguna embarcación bastante grande. Y temía que, de ir a otra ciudad, los soldados lo matasen, impulsados por su propio miedo.

Se dirigió a la playa y se sentó apoyando la cabeza en las manos, a fin de sumirse mejor en sus reflexiones. El sabio que formaba parte del Consejo le encontró allí y se acercó diciendo:

—Quiero hablar contigo.—El gigante lo cogió con el mayor cuidado y lo puso sobre la palma de su mano. —¿Estás triste ante la necesidad de marcharte?

El gigante inclinó la cabeza en señal afirmativa.



EL GIGANTE LO PUSO SOBRE LA PALMA DE SU MANO

—Pues bien, tengo un plan—dijo el sabio.—Si no tienes inconveniente en que te exhiban como a un ser extraordinario, de manera que nosotros podamos hacer pagar un escudo de oro a la gente a cambio de que te

vean, podrás quedarte tanto tiempo como quieras, pues en tal caso, el dinero que se recoja servirá para mantenerte. Y te digo esto, porque veo que, a pesar de tu corpulencia, no eres malo.

—Perfectamente —contestó el gigante después de breve reflexión.— Puedes congrega al Consejo de la ciudad, para decirle que consiento en que me exhiban a la gente que a verme venga, de lejos o de cerca, haciéndoles pagar la correspondiente entrada. Y si eso basta para mantenerme, me quedaré con mucho gusto entre vosotros, a pesar de que eche de menos a mis compatriotas, gigantes como yo, en un pueblo como el vuestro, donde la gente me parece tan diminuta.

El sabio reunió al Consejo y comunicó el plan a sus compañeros. Todos lo aceptaron y mandaron a las comarcas vecinas noticia de que en Tulia había un gigante maravilloso y que se le podría ver a cambio del pago de un escudo de oro.

A partir de entonces reinó la prosperidad en Tulia, porque la gente acudía de todos lados para ver al gigante. Rosca acogía bondadoso a todo el mundo, se ponía en pie, para que pudiesen apreciar su extraordinaria estatura y gritaba a fin de que percibiesen su voz estentórea. También golpeaba el suelo con los pies, para que oyesen retemblar la tierra.

El oro llegaba abundante a Tulia y la mayoría de sus habitantes se enriquecieron, pues una vez pagada la manutención del gigante, aun sobraba mucho dinero.

El gigante imaginaba toda suerte de cosas para complacer a la gente que iba a visitarle. Encargó que construyesen una casa sin cimientos, y la levantaba del suelo con una sola mano. Eso embelesaba a los curiosos y le aplaudían a rabiar.

Luego se arrancaba un cabello y lo tendía a los in-



A LA GENTE LE GUSTABA VER DESFILAR EL EJÉRCITO
ENTRE LAS PIERNAS DEL GIGANTE

dividuos del público para que con él lucharan a la cuerda, cosa que ellos hacían entusiasmados, porque el cabello les parecía una verdadera cuerda. Los que ganaban repartíanse el cabello en pequeñas fracciones y se las llevaban a casa para guardarlas como recuerdo.

Pero lo que más le gustaba a la gente era ver al ejército de Tulia marchar por debajo del arco inmenso de las piernas abiertas de Rosca. El espectáculo era magnífico y los espectadores gritaban entusiasmados.

Todo el pueblo quería mucho al gigante porque era bondadoso, alegre y jamás lastimó a nadie, ni aún involuntariamente. Permaneció en la ciudad por espacio de un año entero, durmiendo en la playa, puesto que no había ninguna casa capaz para él. Pero en breve su ropa empezó a rasgarse y a inutilizarse, cosa que le apuró en extremo, pues no sabía cómo reponer aquella falta.

—¡Yo le tomaré la medida!—exclamó el sastre en jefe del reino, que tenía el alto honor de vestir al Rey.

Y cierto día, acompañado de sus tres ayudantes, fué al encuentro del gigante, llevando una alta escalera de mano y una cinta de medir, del largo apropiado.

Subió por la escalera, apoyada en el cuerpo del gigante, y con el mayor cuidado le midió el cuello, los hombros, el pecho, la cintura, las mangas, las muñecas y luego las piernas. Sus ayudantes tomaban nota de las medidas obtenidas y una vez que hubo terminado, el sastre le hizo una reverencia cortés y se volvió a su taller.

Poco después él y todos sus oficiales se entregaron al trabajo. Con la mayor rapidez cortaron las piezas, las hilvanaron y luego las cosieron, de manera que en un corto espacio de tiempo hicieron una hermosa cha-



EL SASTRE JEFE TOMÓ LAS MEDIDAS DEL GIGANTE

queta, un chaleco y unas calzas. No tardaron más allá de catorce días.

Pero lo mejor es que aquellas prendas de ropa sentaban perfectamente al gigante. ¡Qué orgulloso se puso el sastre después de la prueba! No había espejo bastante grande para que el gigante se mirase de cuerpo entero, de manera que se dirigió a un lago e inclinándose pudo contemplar su propia imagen en el agua.

—Te agradezco mucho lo que has hecho—dijo al envanecido sastre.—Voy a decir a los ciudadanos que te den una buena suma de oro.

Pero el sastre no quiso aceptar ninguna paga, porque en cuanto se supo que había hecho un traje precioso para el gigante, todo el mundo acudió a su taller a fin de encargarle ropa. Todos, efectivamente, deseaban hallarse en estado de decir: "Mi traje lo ha cortado

el mismo sastre que hizo la ropa del gigante de Tulia".

No tardaron el Rey y la Reina en ir a visitar a Rosca. Aquél fué un gran día para él. Hizo cuanto le fué posible para complacer a las reales personas, que quedaron entusiasmadas al ver a aquel enorme gigante, bondadoso y de ojos como platos.

Observaron cómo vaciaba un barril tras otro de limonada, y se comía los panes a docenas, en unión de tres o cuatro bueyes. Pero, sobre todo, se pasmaron al ver que se tragaba de un bocado enorme una bandeja de buñuelos.

Aplaudieron al ver cómo desfilaba el ejército por entre las piernas del gigante y temblaron de susto cuando golpeó el suelo con los pies. Al terminar el espectáculo, el gigante se quitó una sortija de oro que llevaba en un dedo y lo ofreció a la Soberana para que la usara a guisa de pulsera.

La Reina le dió las gracias por aquel regalo y lo aceptó. Pero era demasiado grande para poderla llevar en su diminuta muñeca. Casi podría haberle podido servir de cinturón. Pero se la llevó consigo y en concepto de curiosidad mandó que la colgaran de una pared de su palacio.

Así transcurría felizmente el tiempo. Luego, sin embargo, llegó una mala temporada para los tulianos. Los enemigos los atacaron y las cosas empezaron a marchar mal. El enemigo, no contento con atacar por tierra, llegó a Tulia también por mar, de manera que los pobres tulianos acabaron por temer la pérdida de su independencia. Multiplicábanse los consejos y las deliberaciones, pero ninguno de los planes puestos en práctica pudo darles la victoria.

El ejército fué derrotado varias veces y la pequeña



LOS REYES VIERON COMO VACIABA LOS BARRILES

flota de barcos de guerra, perteneciente a Tulia, fué destruída por completo. Luego hubo una mala cosecha y el hambre se enseñoreó de las casas de la gente del pueblo.

El gigante Rosca estaba muy triste, porque le dolía ver tan apurado al pueblo que con tanta bondad lo acogiera. No querían decirle los motivos de sus pesares, pues bien sabían cuánta era la bondad de su corazón y temían que, de saber que la comida andaba escasa, se negaría a comer y a beber, en vista de que necesitaba tal cantidad para satisfacer sus necesidades.

Mas, al fin, no pudieron seguir ocultándoselo. Rosca tomó, al pasar, el sabio del Consejo, lo subió a su mano y le preguntó qué ocurría en Tulia.

—¿Dónde está el ejército?—preguntó.—¿Por qué ya no viene la gente a verme y a divertirse conmigo? ¿Por qué estás tan preocupado y pálido? Veo que los habitantes de Tulia tenéis un gran pesar y hacéis mal en no decirme de qué se trata, porque, ¿no soy vuestro amigo?

Entonces, el sabio del Consejo le dió cuenta de lo que habían de sufrir a causa de sus enemigos.

—Detrás de esas montañas hay algunas de sus fuerzas—le dijo señalando unos distantes montes que parecían azules a causa de la bruma que los cubría.—Avanzarán a marchas forzadas contra nosotros y dentro de pocos días quedaremos destruídos. También está a punto de llegar una formidable escuadra para aniquilarnos.

—Eso es espantoso—exclamó el gigante.—Pero voy a ayudaros, amigos míos. Ahora mismo voy hacia las montañas.

Sin añadir otra palabra, aquel gigante tomó el camino de las montañas. Los tulianos le miraban alejarse, preguntándose qué haría.

De pronto, y cuando menos lo esperaban, lo vieron regresar acompañado del ejército tuliano y con numerosos grupos de prisioneros aterrados y atados por grupos de varios centenares.

—¡El gigante ha hecho milagros! —exclamaron los soldados.—Se arrojó de pronto contra nuestros enemigos, pisoteó sus tiendas, rompió sus líneas y luego hizo los prisioneros a centenares. Ellos empezaron a huir aterrados y es seguro que ya nunca más se atreverán a atacarnos.

El pueblo se congregó en torno del sonriente gigante y lo vitoreó. Pero él no quiso descansar.

—Voy a salir ahora al encuentro de la escuadra—dijo mientras penetraba en el mar.

Anduvo por el fondo mientras pudo y luego se echó a nadar hacia unas islas lejanas, donde se reunía la flota enemiga. El sabio tomó su grande anteojo y miró por él a fin de observar lo que sucediese.

—Ya ha llegado casi—dijo al excitado pueblo.—

Parece que entre los buques enemigos reina el pánico. Algunos tratan de alejarse a remo y a vela, pero Rosca les corta el paso. Ahora ha llegado ya a aguas profundas y nada con el mayor vigor.

—¿Qué más? ¿Qué más?—preguntaron los excitados oyentes.

—Ahora ya los ha alcanzado—dijo el sabio sin dejar de mirar por el anteojo.—¡Oh, valiente gigante! Le disparan verdaderas nubes de flechas, pero él no hace el menor caso. Las desvía de su camino como si fuesen alfileres. Acaba de tumbar un navío. Lo ha puesto de quilla al sol. Veo a los marineros que están luchando en el agua. El no les hace ningún daño... pero creo que ya no tendrán ganas de volver.

—¡Viva Rosca! ¡Viva!—gritaron todos.

—¿Qué hace ahora?—se preguntó el sabio, extrañado, sin dejar de mirar por su anteojo.—Acaba de tomar los barcos más grandes, unos tras otros, y los pone en fila. ¿Por qué no los hunde? Y los ata uno a otro con fuertes cables.

El pueblo escuchaba sorprendido y en silencio. De pronto, un muchacho empezó a gritar entusiasmado:

—¡Ya sé lo que hace, oh, sabio! Nos trae una flota de guerra para compensar la que nos han destruído.

—¡Sí! ¡Sí!—exclamó el sabio casi soltando el anteojo a fuerza de excitación.—Tienes razón, muchacho. Ahora remolca todos los buques hacia la costa. Nos los trae. Dispondremos de una flota de guerra que no nos costará nada. Y pronto lo veréis. Ya se acerca.

El pueblo echó a correr hacia la orilla del agua.

¡Cómo lo vitorearon! El salió del agua, con la ropa empapada, llenas la cara y las manos de flechas y de jabalinas, pero sonriendo como siempre. ¡Cuánto se alegró el pueblo de no haberle dado muerte!



REMOLCABA UNA HERMOSA ESCUADRA

—Os he traído una escuadra—dijo el gigante.—Ahora me voy a dormir, porque estoy cansado.

Resonaron las campanas por todo el país y el Rey y la Reina se apresuraron a dar las gracias al gigante por sus valerosas hazañas.

—Y ahora—dijo al terminar—pídeme lo que quieras, Rosca, y te prometo que te lo daré.

—Majestad—contestó el gigante—, sólo deseo una cosa: regresar a mi país. Tengo deseo de vivir en compañía de hombres de mi propia raza y tamaño, y también de dormir bajo techado. He sido muy feliz con vosotros, pero siento añoranza de mi patria. Déjame partir y algún día, si recuerdo el camino, volveré.



—PIDE LO QUE QUIERAS, ROSCA—DIJO EL REY

El Rey lamentó en extremo que el gigante quisiera abandonarles.

—¿Cómo harás para marcharte?—preguntó.

—Haré un bote.

Rosca, entonces, empezó la construcción de un bote. No era muy grande, porque nadie podía ayudarle, dado el pequeño tamaño de los tulianos. Pero la embarcación era sólida y navegaba bien.

Los tulianos se congregaron en la playa para despedirse de su amigo. Les apenaba mucho su marcha, porque le querían en extremo y estaban orgullosos de ser el único país del mundo que poseía un gigante.

—¡Vuelve! ¡Vuelve!—le gritaban.

Rosca impulsó la embarcación con un bichero para



ROSCA IMPULSÓ LA EMBARCACIÓN

alejarse de la orilla y luego hizo un ademán de despedida. Pronto se vió flotando en el mar y el viento impulsó la pequeña vela de su navecilla. Esta disminuyó paulatinamente de tamaño a medida que se alejaba hasta que por fin desapareció.

—Quizás volverá algún día—dijéronse los tulianos.—
Y si lo hace, le reservaremos una magnífica recepción.

F I N

Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.



CUENTOS DE HADAS JAPONESES

CUENTOS DE HADAS INGLESES

En preparación;
CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN

CUENTOS DE HADAS DE GRIMM



Precio de cada tomo:

 \$ 2.30

Gorostiaga, 1650



Buenos Aires